

¿Una teoría sin historia? El estudio de las relaciones internacionales en cuestión

Mario Rapoport *

¿Teóricos o historiadores? El campo de las relaciones internacionales plantea un viejo litigio intelectual que está lejos de resolverse. Las polémicas se agudizan en un mundo cada vez más estrecho, donde la globalización de la economía, la circulación de la información, el peso de la demografía y de las migraciones, los procesos de integración regional y la homogeneización de valores culturales obligan a repensar categorías o esquemas y a interrogar cada vez más en la toma de decisiones internas los signos de la economía y la política mundiales.

Podrían tener razón aquellos que piensan que es posible descubrir ciertas regularidades en el comportamiento de las relaciones internacionales y construir sobre la base de ellas un marco teórico susceptible de aportar instrumentos conceptuales a gobiernos, políticos y analistas.

Sin embargo, no son pocos los elementos de signo contrario que invalidan una y otra vez la posibilidad de adoptar criterios comunes para delinear políticas en los escenarios internacionales.

Las guerras sorpresivas (como la del Golfo), el resurgimiento de los nacionalismos (en el este y el oeste de Europa), las políticas proteccionistas, la competencia entre los bloques económicos, la reaparición de conflictos étnicos y culturales y la siempre vigente presencia de los estados soberanos (con sus propias crisis internas que influyen decisivamente en sus conductas externas) acuerdan una renovada actualidad al análisis histórico, que los teóricos, pensadores del presente, no tienen generalmente en cuenta. Según Brunello Vigezzi, para muchos teóricos de las relaciones internacionales el historiador, al explicar "cómo el presente resulta esencialmente de lo que se produjo antes", queda "prisionero" del pasado y está tentado a justificarlo. Además, le es muy difícil "dar explicaciones susceptibles de determinar las mejores orientaciones para el porvenir" o crear instrumentos para la acción. Empero, como señala

* IIHES-CONICET.

Stanley Hoffman criticando este punto de vista, “un examen más riguroso del pasado quizás revele lo que percibimos como nuevo realmente no lo es”. Lo que ocurre es que existe por parte de algunos “el temor de que si estudiamos el pasado con profundidad puede que encontremos difícil hacer generalizaciones y, en el caso de las categorizaciones, que las hallemos interminables o carentes de sentido, y puede que perdamos el hilo de la ‘ciencia’ ”.¹

Jean-Baptiste Duroselle, en cambio, pretende dar una respuesta al viejo problema de ¿teoría o historia? desde la perspectiva de un historiador que procura superar la dicotomía existente. El título de su libro *Todo imperio perecerá*, al que dedicaremos este artículo, implica una definición provocativa para un trabajo cuyo subtítulo es, más sencillamente, *Teoría de las relaciones internacionales*.²

Si en las ciencias básicas todo análisis teórico tiene la pretensión de establecer ciertas leyes que se verifican de forma invariable gracias a la observación regular de los fenómenos naturales, en las ciencias humanas esto no es posible porque uno no trata con fenómenos que se repiten invariablemente sino con acontecimientos, con hechos —individuales o colectivos, singulares o de masa— que son a su modo únicos y tienen la impronta de la actividad del hombre. Por eso, para Duroselle, la teoría de las relaciones internacionales no puede superar el estadio “empírico”, lo que no significa, sin embargo, que no tenga su propio objeto de estudio y que no pueda dar lugar, a través de la observación, a establecer ciertas regularidades, reglas o recetas que permitan a los hacedores de la política percibir más claramente la realidad y tomar mejor sus decisiones.

Esto introduce una segunda noción que recorre todo el libro y explica su título: el factor tiempo. La teoría de las relaciones internacionales debe incluir necesariamente el análisis del movimiento histórico, o de los distintos tipos de movimientos históricos, como los de flujo y los de creación o ruptura, los de larga duración y los cíclicos, en fin, aquellos que explican “la vida y la muerte de los imperios”.³

Es, por cierto, una noción difícil de reconocer, como nos es duro reconocer el mismo ciclo de la vida humana, pero tiene el mérito de colocarnos en el centro mismo del objeto teórico según la visión de Duroselle: las enseñanzas de la

1. Al trabajo de Brunello Vigezzi nos referimos más adelante (ver nota 16). En cuanto a Stanley Hoffman, ver su libro *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz* (Buenos Aires, 1991), p. 33. Un caso típico entre los teóricos de las relaciones internacionales es James Rosenau, quien en su libro *The Scientific Study of Foreign Policy* (Nueva York, 1971), utiliza una muy amplia bibliografía donde están casi ausentes las obras históricas.

2. Jean-Baptiste Duroselle, *Tout Empire Périra. Théorie des Relations Internationales*, Armand Colin, París, 1992, 352 páginas.

3. “Vivimos en el tiempo corto y lo imaginamos fácilmente —dice en otro trabajo Duroselle—: un día, un mes, una década, una vida, con la infinita diversidad de casos, eso nos es conocido. Por el contrario, concebimos el tiempo largo pero no lo podemos imaginar”; J.-B. Duroselle, “L’histoire des relations internationales vue par un historien”, comunicación, Conference on the History and Methodology of International Relations (Perugia, 1989).

historia no nos permiten diseñar con exactitud el futuro próximo pero nos ayudan a entender mejor que las sociedades humanas no son lineales ni eternas y que las comunidades, las naciones y los imperios nacen, florecen y desaparecen como los seres humanos que los componen.

Enmarcada en esta perspectiva una teoría de las relaciones internacionales debe tener en cuenta, en primer lugar, las nociones básicas que le dan sustento; en segundo término, los agentes (o actores) internos, los sistemas de información y el cálculo estratégico y, en tercer lugar, las fuerzas causales y el proceso de toma de decisiones que resulta del juego combinado de estos elementos.

La primera noción que es preciso definir es la de extranjero. El extranjero puede ser un amigo o un enemigo, pero siempre será un hombre "diferente" porque su presencia introduce "lo aleatorio", lo que no pertenece a nuestras costumbres, nuestras tradiciones o nuestra historia. Con la aparición de los estados-naciones la noción de extranjero se define principalmente de un modo jurídico y esto es lo que permite diferenciar, dentro de cada estado, su política interna de su política exterior. Sin embargo, esta misma noción es hoy discutida. Los flujos de inmigración, la existencia de culturas diferentes, las características étnicas o lingüísticas, etcétera, han alentado la aparición de fuerzas favorables al racismo y de procesos de desintegración nacional. Los judíos alemanes eran en el período de entreguerras los más asimilados de Europa (y por supuesto ciudadanos alemanes) pero esto no impidió su posterior persecución y holocausto. Los negros en los EE.UU. (para no mencionar la mucho más grave situación de Sudáfrica) fueron durante un largo tiempo ciudadanos "de segunda" (en parte extranjeros) en su propio país. Los casos de la ex-Yugoeslavia y la ex-Unión Soviética son hoy los más dramáticos. Servios y croatas, moldavos, rusos o ucranianos se convirtieron en extranjeros de un día para el otro. En el ejemplo de Yugoslavia hemos visto cómo una guerra civil (entre ciudadanos) se transformó rápidamente en una guerra de naciones (entre extranjeros). Eludiendo las nociones extremas de Argelia musulmana y Argelia francesa, De Gaulle propuso la fórmula aparentemente más cuidadosa de Argelia argelina, lo que no impidió que los argelinos descendientes de franceses debieran emigrar de su país de nacimiento. Allí había un problema colonial, pero no siempre es el caso. Duroselle plantea que el concepto de extranjero tiene también connotaciones psicológicas pero creo que no basta con esta sola extensión del término (que puede finalmente justificar la segregación o el rechazo); lo económico y lo socio-cultural pueden ser factores determinantes así como la misma conformación del estado. La rusificación de la URSS, la sujeción de las nacionalidades a un poder central, fue uno de los factores decisivos de su desintegración, como lo ha explicado bien Hélène Carrère D'Encausse.⁴ ¿Pero una verdadera autonomía de sus repúblicas la hubiera mantenido como país? Como vemos, la noción de extranjero está cargada de historicidad y sus fundamentos jurídicos, a más de dos siglos de construcción de los estados-naciones, siguen siendo frágiles.

4. Ver Hélène Carrère D'Encausse, *El triunfo de las nacionalidades. El fin del imperio soviético* (Madrid, 1991).

Las fronteras y los grupos son los otros dos conceptos claves en el estudio de las relaciones internacionales. Las fronteras, aun las naturales, no sólo tienen como función separar sino también, en muchos casos, permitir una convivencia más fluida de pueblos diferentes. Pero, de la misma manera que la existencia de un mundo "sin fronteras" es una utopía (los egipcios encerrados entre el Sahara y otros accidentes naturales creían no tenerlas, los romanos pensaban haber alcanzado el límite del mundo, los chinos no tuvieron ministro de Relaciones Exteriores hasta avanzado el siglo XIX), tampoco es realista creer que las naciones, y las fronteras, se crean exclusivamente sobre vínculos de sangre, lengua, religión o ideología. Las "fronteras [internacionales] son un producto de la historia que no se hace completamente al azar".⁵ Los numerosos intentos fracasados de países árabes por unificarse o, por el contrario, el aparente sinsentido de una nación como Suiza destacan un componente que no muchos advierten: el tiempo, que crea intereses, imágenes y vidas comunes. La Europa de los Doce está aprendiendo en carne propia que su principal enemigo puede ser la misma historia, encarnada no sólo en los países comunitarios sino, y sobre todo, en el desintegrado imperio del este y el empobrecido sur que la circundan. El desafío que representa su futuro inmediato (con la plena circulación de personas y movilidad de empleos) puede darnos una respuesta empírica a esta cuestión.

A su vez, los grupos humanos (de la familia a la tribu, de los imperios primitivos al estado-nación) han recorrido en el tiempo un asombroso camino. El sistema internacional supone, precisamente, la coexistencia, no de una manera meramente antojadiza o casual, de pequeños y grandes grupos humanos en un espacio en el cual se superponen lo interior y lo extranjero, es decir, la jerarquía y lo aleatorio.

El componente principal son, sin duda, los estados nacionales y, en segundo lugar, las comunidades plurinacionales, que responden a una organización y a reglas determinadas. Sin embargo, esas reglas rigen el comportamiento interno de los grupos humanos organizados, pero en la periferia de cada uno de ellos existe un área de incertidumbre creada por lo "externo" o lo "extranjero" que, como señalamos, no obedece a reglas de juego comunes ni a jerarquías determinadas. La fuerza, la dominación, la dependencia, la violencia o las guerras forman parte de esa incertidumbre. El objetivo de las organizaciones internacionales es el de reducir estas posibilidades (Sociedad de las Naciones, Naciones Unidas) pero la misma presencia de organismos multinacionales, por ejemplo corporaciones o empresas, puede ser la causa de conflictos o guerras (la participación de empresas petrolíferas en el Medio Oriente es el ejemplo más conocido). Las coaliciones políticas o militares supranacionales pueden tener también como fin exclusivo la guerra (desde la Santa Alianza a las dos guerras mundiales o la guerra contra Irak). El actual proceso de globalización económica y bloques regionales plantea nuevos desafíos en este sentido. Espacios y

5. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (Madrid, 1982), p. 147.

grupos humanos exteriores se transforman en interiores. Los estados-naciones sufren presiones centrífugas y otras formas jurídicas comienzan a aparecer (es el caso de la CEE).

Una distinción muy importante es la que se establece en la forma de organización de los grupos: junto a los grupos naturales (familia) o impuestos (determinados por una estructura organizacional) se encuentran los grupos reales (o de interés) que se instituyen por las preferencias (o coincidencia de intereses) de sus miembros y tienen un peso decisivo en el campo político y de las relaciones internacionales. Los partidos comunistas en todo el mundo (en su época de apogeo) llegaron a formar una red importante de vínculos e influencias. Las empresas multinacionales elaboran estrategias mundiales o para un conjunto de países. Las mismas naciones crean *lobbies* en las principales potencias para defender mejor sus intereses (los *lobbies* pro-árabes o pro-israelíes en Washington). El peso de los problemas en el orden internacional tiene a veces menos que ver con su magnitud real que con la acción de grupos de interés políticos, económicos o sociales, más en una época donde predominan los medios masivos de comunicación que pueden amplificar y difundir rápidamente sus puntos de vista.

Una segunda instancia en el análisis teórico es la determinación de un viejo problema de la historia: la importancia de los factores subjetivo y objetivo, es decir, de la voluntad y de los fines que persiguen los hombres, por un lado, y del peso de las estructuras, las relaciones económicas, sociales y políticas y la misma historia y tradiciones, por otro. Duroselle define estos dos factores en términos de sistemas de finalidad y causalidad.

El primero comprende los objetivos que los individuos se dan para la acción —y modelan la conducta de grupos y estados— y la forma en que se instrumentan esos objetivos, y tiene dos componentes principales: los agentes (o actores) en el proceso de toma de decisiones interno y la información.

Están así los que deciden (presidentes, primeros ministros, parlamentos, reyes, etc.) y los que ejecutan (diplomáticos, ministros, militares, empresarios, propagandistas, informantes, etc.). Aquéllos trazan las grandes metas o estrategias que los segundos procuran alcanzar mediante el empleo de distintos medios. La vinculación entre la amplia variedad de agentes es uno de los campos más interesantes del análisis teórico y ha dado lugar a la formulación del llamado “modelo burocrático-organizacional”, de significativa importancia en el estudio de la toma de decisiones a nivel internacional.

El examen, por ejemplo, de las distintas instancias en las relaciones diplomático-militares ha sido una temática favorita de los que profundizaron este tipo de enfoque. La crisis de los misiles en Cuba, en 1962, que tuvo al mundo al borde de la tercera guerra mundial, dio lugar a un minucioso análisis de las complejas vinculaciones entre la Casa Blanca, el Pentágono, el Consejo Nacional de Seguridad, el Departamento de Estado y los servicios de inteligencia norteamericanos.⁶

6. Cfr. Graham T. Allison, *Essence of Decision. Explaining the Cuban Missile Crisis* (Nueva York, 1971).

Ha habido también una amplia bibliografía que estudió la vinculación entre los objetivos diplomáticos y los intereses económico-financieros. Se ha señalado así que los grupos reales dentro de los organismos de gobierno o fuera de ellos (grupos de presión internos o externos) desempeñaron un papel fundamental, a veces sobreestimado, pero en la mayoría de los casos eficaz en la definición de las políticas gubernamentales. Tal el ejemplo para los EE.UU. de la Diplomacia del Dólar, a principios de siglo, o el de la política hacia Guatemala, en 1954, o hacia Chile, en 1973.

Los medios de información constituyen el otro elemento que integra el sistema de finalidad. Desde la información abierta (que permite o tolera cualquier estado extranjero) hasta la secreta, diplomática o clandestina, se establece una compleja red a través de la cual los agentes y organizaciones (especialmente los estados nacionales) adquieren conocimiento de lo externo y, en un sentido más global, del sistema internacional. De carácter general o técnico, cuantitativa o cualitativa, la información no constituye sólo un tema de transmisión de datos; los organismos clandestinos de información, que forman parte de sistemas de seguridad (KGB, CIA, etcétera), pueden utilizar también esa información como parte de las políticas de poder de sus respectivos gobiernos, a través de su manipulación o deformación.

La búsqueda de la información por parte de los agentes de decisión se realiza para la obtención de ciertas metas: la seguridad, el poder, la riqueza, la expansión religiosa o ideológica o el prestigio. Estas metas conforman por separado o conjuntamente lo que suele denominarse interés nacional. La pregunta más importante en este sentido se relaciona con el grado de objetividad de ese interés nacional. ¿Es, por ejemplo, el que concuerda con la mayoría de los individuos que integran un estado-nación? ¿O está, más bien, estrechamente ligado a la voluntad de gobiernos o gobernantes? ¿Puede ser resultado de percepciones erróneas, de manipulaciones políticas, de su identificación con intereses particulares? El tema de los nacionalismos y las guerras surge aquí con fuerza. Duroselle plantea que toda reflexión sobre un interés objetivo resulta, en verdad, subjetiva, pero acepta, al mismo tiempo, que el interés nacional es necesariamente un vector resultante de un conjunto de fuerzas, en este caso de intereses humanos, en los que el tiempo, la historia, desempeñan con su pátina un papel esencial. El problema de esta interpretación es que la determinación de la naturaleza y alcances de ese interés puede quedar indeterminada y la historia jugar un papel ambiguo según quién lo juzgue. Sin embargo, una definición del interés nacional no es ociosa: cuando no se tiene éste en claro, o cuando aun conociéndolo bien no se lo defiende, lo que se corre el riesgo de aceptar en el orden internacional —que no constituye un terreno vacío, desprovisto de intereses— es el carácter legítimo de otros intereses nacionales o internacionales. El caso de las islas Malvinas ilustra estos conceptos. La reivindicación de los derechos argentinos sobre ellas (aunque pueda no ser urgente ni dramática, como no lo fue Hong Kong ni lo es Gibraltar) responde sin duda a un interés nacional. Dejárselas a los ingleses o a los *kelpers* no significa ser más internacionalistas (o altruistas) sino reconocer que el interés de otro país, de una compañía o de unos isleños es más importante que

el de la Argentina. Invadir militarmente las islas (sin percibir además correctamente la correlación de fuerzas y el papel de los EE.UU.) resultó, por el contrario, contraproducente para los intereses nacionales, porque implicó entrar en conflicto con la comunidad internacional, lo que a la larga contribuyó a debilitar la posición negociadora del país.⁷

Reconocidos los objetivos, hay que emplear ciertos medios para poder alcanzarlos, lo que supone enfrentar también diferentes clases de riesgos. El cálculo estratégico es en este sentido necesario para resolver los problemas así planteados. Los medios pueden ser la persuasión, la negociación, la amenaza o el uso de la violencia, pero el nudo principal en la toma de decisiones es la evaluación del conjunto de cuestiones puestas en juego y los riesgos que implica cualquier tipo de acción que se realice. La escalada norteamericana en la guerra de Vietnam fue, además de otras cosas, el producto de una serie de cálculos estratégicos erróneos, en los que ya habían incurrido los franceses. La eficacia de los medios, por ejemplo, no resultó allí proporcional a sus posibilidades técnicas. Pero el Pacto de Munich de 1938 representó un error de naturaleza diferente. La política de apaciguamiento hacia Hitler lo único que posibilitó fue que éste acelerara la preparación bélica hasta alcanzar y superar a Francia e Inglaterra y desatar la Segunda Guerra Mundial.

Hasta aquí Duroselle se refiere exclusivamente al cálculo o a la estrategia para la acción pero, de acuerdo con su visión teórica (e histórica), ese cálculo debe tener en cuenta también a las fuerzas subyacentes que integran el llamado sistema de causalidad y que, de uno u otro modo, influyen sobre los agentes o actores. Esas fuerzas tienen un papel decisivo en la formulación de toda política exterior, y su análisis nos conduce directamente a una teoría de la decisión anclada en la realidad y la historia.

Una fuerza —dice Duroselle— es algo que no se ve pero cuyos efectos se perciben. Sus principales características son que emana siempre de una colectividad —geográfica, funcional, racial, lingüística, económica, voluntaria, etcétera— y que depende de una toma de conciencia por parte de la misma.

Las fuerzas demográficas, las fuerzas económicas y las fuerzas que resultan de los sistemas de valores o ideas son los tres tipos principales de fuerzas actuantes en la sociedad.

No es difícil reconocer el papel de la demografía y de las migraciones en la historia de los pueblos (marcada por invasiones y desplazamientos de población). Hoy la política europea se sacude por problemas migratorios y los cálculos de crecimiento de la población mundial para el siglo próximo hacen renacer los fantasmas maltusianos, en un mundo donde la naturaleza se degrada y los crecientes recursos productivos parecen aún insuficientes para gran parte de la humanidad.

7. Ver definiciones contrastadas de nación, estado-nación e interés nacional en E. Gellner, *Naciones y nacionalismo* (Buenos Aires, 1991); L. Tivey, *El Estado Nación* (Barcelona, 1987) y E. Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo* (Barcelona, 1991).

Tampoco puede negarse el peso decisivo de las fuerzas económicas en el sistema internacional. Desde los economistas clásicos (Smith, Ricardo) y sobre todo desde Karl Marx, los modos de producción y distribución de bienes han sido reconocidos como esenciales para explicar la evolución de las sociedades. En este caso la principal cuestión gira en torno a las relaciones entre la economía y la política, entre el poder político y el económico. Los estudios históricos son, para Duroselle, más relevantes que la teoría para aportarnos una respuesta en este sentido.

El autor se inclina por aceptar la idea de que las dos esferas, la económica y la política, se hallan profundamente relacionadas y ejercen entre sí una acción recíproca, pero sin que ninguna tenga una influencia preponderante sobre la otra; en ocasiones puede predominar lo económico, en otras lo político.

Sin embargo, falta en el conjunto del libro una visión más penetrante de las relaciones económicas internacionales. La globalización de la economía, el papel del comercio y las finanzas mundiales y de los procesos de integración regional, y, en particular, la forma en que el orden económico internacional transforma los vínculos interestatales, no están suficientemente desarrollados.⁸

La tercera fuerza, finalmente, la que proviene de los sistemas de valores, resulta también importante. Los valores supremos pueden ser nacionales o transnacionales, realistas o trascendentales, liberales o autoritarios, pero, cualquiera que sea la forma en que se presenten, las religiones y las ideologías marcaron y marcan la vida internacional. En el siglo XX los distintos tipos de nacionalismos, el profundo impacto del marxismo-leninismo y, en la hora actual, el auge del neoliberalismo y de su contrapartida, los fundamentalismos religiosos, constituyen los principales ejemplares.

Teniendo en cuenta estos conceptos Duroselle diferencia, por la naturaleza de su acción, las características que pueden asumir esas fuerzas, retomando así la terminología de Pierre Renouvin.⁹ Tenemos entonces las fuerzas profundas y las fuerzas organizadas, aquellas que se manifiestan desde las estructuras de la sociedad y dan lugar a pulsiones que conducen a corto o largo plazo a cambios o revoluciones, a alianzas, negociaciones o guerras, y las que obedecen a la acción visible de organismos constituidos que utilizan todos los medios a su disposición para obtener ciertos fines; se trata en este último caso de presiones que buscan modificar o modelar políticas en favor de ciertos grupos o intereses. La crisis mundial de 1929, por ejemplo, es un resultado de pulsiones internas al sistema; se produjo por la acción de fuerzas profundas provenientes de vastos

8. Existen excelentes historias de la economía mundial del siglo XX, como la dirigida por Wolfram Fischer (6 volúmenes de Fischer, Hardach, Aldcroft, Kindleberger, Milward y Van der Wee). El libro de Robert Gilpin, *La economía política de las relaciones internacionales* (Buenos Aires, 1990) da un panorama general del orden económico internacional desde la Primera Guerra Mundial hasta mediados de los años '80.

9. Cfr. Pierre Renouvin, *Histoire des Relations Internationales* (París, 1955); P. Renouvin y J.-B. Duroselle, *Introduction à l'histoire des relations internationales* (París, 1964).

movimientos económicos y sociales que han sido bien explicados por historiadores y economistas. La crisis de 1973, por el contrario, es en parte consecuencia de la decisión de un grupo organizado, la OPEP, y tiene por causa un juego de presiones, aunque actuó sobre la base de problemas reales de la economía internacional de la época.

La revolución rusa fue, en ese sentido, un juego de ambas fuerzas; la formidable pulsión originada por el descontento popular, resultante de la degradada situación económica y política y del doloroso curso de la guerra, y la presión organizada por un grupo político minoritario, el partido bolchevique dirigido por Lenin, que canalizó esa pulsión en favor de sus objetivos revolucionarios. Toda política internacional que busca explicar los acontecimientos de una manera unilateral está condenada al fracaso, como ocurrió muchas veces durante la "guerra fría". Los recientes casos de Yugoslavia y de la URSS son también reveladores de esta combinación de pulsiones y presiones, internas e internacionales.

Junto con el reconocimiento de estos factores es necesario distinguir asimismo en la formulación de toda política exterior los niveles de consenso interno, las diferencias de potencial, el principio de derivación y la conciencia de lo "insoportable". Los dos primeros casos tienen que ver con la apreciación de los grados de fortaleza o debilidad de otros países que los llevan a adoptar ciertas conductas (la guerra o la negociación, la agresión o la firma de un tratado de paz); el tercero con la descarga a través de acciones externas de problemas internos (recordemos aquí también el caso Malvinas); y el último (la conciencia de lo "insoportable"), muy importante y poco estudiado, con el umbral que significa para el hombre o para una colectividad el paso de una actitud pacífica a otra de extremada violencia como resultado de una situación límite, degradante. Las revoluciones y las guerras tienen en la mayor parte de los casos un origen ligado a esta necesidad de cambio aun a costa de la propia vida.

La decisión en política exterior es así una confluencia de la finalidad (decisión tomada en vista de un objetivo por el pequeño grupo que detenta el poder) y de la causalidad (reacción de las comunidades humanas). Los objetivos propuestos se alcanzan raramente o de una manera imperfecta; muchas restricciones actúan sobre los que deben tomar una decisión y los riesgos que implican pueden ser grandes, tanto por su proyección externa como por las reacciones internas en los propios países (las guerras de Vietnam y Afganistán significaron una derrota para los gobiernos de Washington y Moscú no sólo en el plano militar sino también en el político interno, siendo incluso para la URSS uno de los factores de su desintegración como unidad política).

¿Es posible entonces una teoría de la decisión en este campo basada en la racionalidad de los actores? La respuesta pareciera ser negativa si por racionalidad se entiende la maximización de objetivos a partir de ciertas condiciones dadas (lo que equivale a una relación beneficios-costos) que dé lugar a la formulación de modelos matemáticos al estilo de los que se utilizan en la ciencia económica.

Duroselle prefiere hablar de una toma de decisiones que produzca resultados fructíferos y durables más que de una decisión racional, y para ello elabora

varios esquemas partiendo de una clasificación de las decisiones (naturaleza, grupos involucrados, grado de violencia que implica, costos materiales, urgencia y necesidad de una elección) y de su combinación. Por ejemplo, la decisión del gobierno belga de resistir por las armas la invasión alemana en la guerra de 1914-1918 respondía a un interés nacional y era urgente e inevitable aunque resultó por sus costos humanos y materiales dramática y ruinosa. En política internacional las ventajas o desventajas de una decisión tienen que tener en cuenta el tiempo histórico más que los resultados inmediatos, aunque a veces los beneficios pueden ser inesperados: la alineación del Brasil con los EE.UU. en la Segunda Guerra Mundial originó el envío de un contingente militar brasileño cuyo jefe de operaciones se llamaba Castello Branco. Este fue luego el principal protagonista del golpe de estado que derribó al presidente João Goulart en 1964.¹⁰

A partir de lo anterior puede trazarse un modelo en el cual se diferencie, por un lado, la realidad objetiva (el conjunto de agentes o actores y de fuerzas involucradas) y, por otro, la visión de la realidad interna del sistema (teniendo en cuenta las fuerzas, los valores y los resultados internos previstos) y la visión de la realidad externa al sistema (intenciones, medios y riesgos y resultados externos previstos). La conformación de las unidades decisionales (si se trata de una o más personas o de equipos complejos), el tipo de decisión (estratégica o táctica), la secuencia de las decisiones y de su ejecución y la evaluación de los resultados internos y externos son otros elementos básicos para una teoría de la decisión en política exterior.¹¹

En varios casos que involucran a la política norteamericana este proceso ha sido estudiado en detalle por historiadores o politólogos, incluso en relación con América Latina.¹²

Merecen un análisis aparte el carácter de las percepciones y la formación de imágenes que condicionan lo que se percibe (o no se percibe o se percibe de una manera equivocada —*misperceptions*—). Los ejemplos de Stalin, que descartó todas las advertencias sobre una inminente invasión alemana a

-
10. Peter Flynn, *Brazil: a political analysis* (Colorado, 1978), p. 285. Un documento de la Lyndon B. Johnson Library (biblioteca donde se hallan archivados los documentos pertenecientes a ese presidente norteamericano) dice del sucesor de Castello Branco, Arturo da Costa e Silva, que, aunque amigo de los EE.UU., al no haber servido en la Fuerza Expedicionaria Brasileña en la Segunda Guerra Mundial carecía del "profundo sentimiento de camaradería que los militares norteamericanos habían desarrollado entre muchos de sus colegas oficiales [brasileños]". L. B. J. Library (Austin, Texas), National Security Council Country File, Brazil, Box 11-12.
 11. Ver los clásicos trabajos de James Rosenau, *Linkage politics* (Nueva York, 1969); Glenn H. Snyder y Paul Diesing *Conflict among nations: bargaining decision making and system structure in international crises* (Princeton, 1977); en el libro de Duroselle la excelente síntesis de Marlis G. Steinert, "La décision en matière de politique étrangère, essai sur l'utilisation des théories", en *Tout Empire...*, Annexe II, pp. 318-325.
 12. Cfr. Ernest May, *The making of the Monroe Doctrine* (Cambridge, 1976); J. Cotler y R. Fagen, *Relaciones políticas entre América Latina y Estados Unidos* (Buenos Aires, 1974).

Rusia en 1941, o la negligencia por parte del gobierno de Roosevelt respecto de las señales que indicaban un ataque japonés a Pearl Harbour, son los más citados. En la política norteamericana hacia la Argentina en la Segunda Guerra Mundial y la posguerra muchas imágenes “condensadas” influyeron para falsear una percepción más ajustada de la realidad, como ocurrió también en un sentido inverso.¹³

La decisión es, en suma, la resultante de un conjunto de factores y de la dinámica con que estos factores actúan en el tiempo. Por eso, debe analizarse ahora ese último aspecto cuyo tratamiento constituye también el objeto de las secciones finales del libro de Duroselle.

“Ninguna teoría de las relaciones internacionales —dice el autor— es posible si ella no se sitúa en la perspectiva dinámica, en la del movimiento” (p. 177). Movimientos lentos, que podemos definir como estructurales; aquello que cambia relativamente rápido y que llamamos coyuntura; y lo que no cesa de cambiar y que puede denominarse circunstancia.

Frente a la teoría de los sistemas, que por analogía busca asimilar el campo de las relaciones internacionales a las más exactas ciencias naturales, Duroselle propone una aproximación diferente donde el factor tiempo —la historia— desempeña un papel decisivo. Por eso define primero dos nociones que permiten introducir ese factor: la de flujo y la de creación.

El flujo del tiempo trabaja “a favor o en contra nuestro”, pero acumula hombres, trabajos, potencial económico de modo tal que sin violencias ni catástrofes un equilibrio puede igualmente romperse. La demografía, las transformaciones económicas, la evolución de los valores y las ideas, son sus elementos principales. Se trata de todo aquello que cambia por “maduración”, por la acción de los hombres en el “tiempo largo”. Las invasiones “bárbaras”, la expansión colonial, el surgimiento de los nacionalismos en el siglo XIX fueron el resultado de procesos de larga duración y para su estudio, como señala Duroselle, la historia económica es un útil esencial. El peso de la demografía en aquellas invasiones, el comercio y la búsqueda de riquezas en la expansión colonial, el surgimiento de la burguesía y la industrialización en el caso de los nacionalismos.

Pero junto a lo que cambia lentamente se halla también lo que resulta de la creación y de la innovación. La historia de la humanidad es una serie inmensa de creaciones —estéticas, científico-técnicas y sociales— algunas de las cuales son el punto de partida de profundas transformaciones (revolución industrial, revoluciones políticas como la francesa y la rusa, etcétera). “Gracias a la creación la historia aparece como una serie de cambios bruscos”, dice el autor. En las relaciones internacionales esas transformaciones producen rupturas en el equilibrio entre los países o pueblos que benefician a un conjunto de individuos en detrimento de otros. Del mismo modo en que los invasores con

13. Sobre este tema, los conocidos trabajos de Tulchin, Escudé y Rapoport, basados en documentos norteamericanos, británicos y argentinos, así lo demuestran.

espadas de hierro pudieron vencer fácilmente a los pueblos de espadas de bronce, en la segunda posguerra del siglo XX las superpotencias atómicas predominaron sobre el resto de las naciones.

Un fenómeno ligado al de la creación es el de la difusión, que tanta importancia ha adquirido en nuestros días. Las técnicas, las ideas, los modos de ser, de comportarse y de pensar, se expanden cada vez más rápidamente en el mundo transformando o cambiando el destino de los pueblos. La difusión de los nacionalismos por un lado, y de los internacionalismos de distinto tipo, por el otro, es, por ejemplo, uno de los rasgos más singulares de este siglo (antes era la internacional comunista frente a las naciones occidentales, hoy la globalización impulsada por el neoliberalismo vs. los nacionalismos periféricos).

En todo caso, sólo a partir de la introducción del factor histórico es posible avanzar en el estudio de las relaciones internacionales, abordando los distintos tipos de vínculos entre los países y los pueblos sin caer en criterios "biologistas".

En primer lugar, el mundo pasó de ser un conjunto de sistemas semicerrados y separados (por ejemplo, los imperios egipcio, romano o incaico) a conformar un vasto conjunto conocido y comunicado por las invasiones, las conquistas, el desarrollo económico o la difusión de las tecnologías y los conocimientos. Este proceso se ha acelerado en los últimos tiempos y los conceptos de interdependencia o globalización han ganado espacio en la mayoría de los autores.¹⁴

En segundo término, las relaciones que se establecieron entre las naciones y los pueblos fueron siempre de dos tipos: asimétricas y simétricas. Aquéllas —de conquista y de creación de imperios políticos, militares o económicos— consisten en destruir o subordinar a ciertas unidades políticas en beneficio de un poder mayor (estado o imperio) que deviene el único o principal centro de decisión. Del "imperium" romano al moderno "imperialismo", de la conquista territorial, el genocidio de pueblos o el colonialismo a las formas más sutiles de subordinación económica o política, las relaciones asimétricas, hoy ligadas sobre todo a abismales diferencias de recursos, han sido una constante en la historia de la humanidad. Las relaciones simétricas, sin embargo, también han existido y existen. La Europa comunitaria sería un buen ejemplo, la Asamblea General de las Naciones Unidas otro (aunque el derecho al veto en el Consejo de Seguridad implica poderes asimétricos en el seno de esa organización).

En tercer lugar, las relaciones internacionales pueden ser pacíficas o violentas, en un espectro que va desde la firme amistad a las negociaciones conflictuales, de la amenaza de agresión hasta el estallido de las guerras.

14. Cfr. Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, *Power and Interdependence* (Boston, 1977); M. Aglietta, A. Brender y V. Coudent, *Globalisation financière: l'aventure obligée* (Paris, 1990); S. Amin, *L'empire du chaos: la nouvelle mondialisation capitaliste* (Paris, 1992).

Finalmente, esas relaciones abarcan ámbitos diferentes que funcionan juntos o separadamente: comerciales, financieros, culturales, políticos o militares.

Duroselle se detiene, en particular, en el examen de las características y el curso de acción de las negociaciones conflictuales (objeto y tipo de conflictos, estrategia y táctica, soluciones) y en el análisis pormenorizado de la guerra (sus diversos tipos, intensidad, desarrollo y consecuencias).

En todos los casos no olvida nunca referirse a las condiciones históricas concretas, lo que le permite elaborar conceptos basados en hechos reales y no en esquemas *a priori*. La teoría de las relaciones internacionales es así empírica pero puede ser conceptualizada y permite establecer regularidades o reglas que funcionan para el largo o el corto plazo.

En verdad, el autor establece tres niveles que le permiten enunciar estas reglas: el que engloba el conjunto de la historia humana, el que concierne a una de las "estructuras" o fases de la evolución lenta que ha conocido el mundo y, finalmente, el que se refiere a la acción puntual en un momento dado y en determinadas circunstancias. Entre las regularidades que se mantienen a lo largo de la historia de la humanidad las más importantes son, sin duda, la búsqueda de la eficacia técnica y su difusión, el conflicto entre esa eficacia y la dignidad humana, la toma de conciencia de lo "insoportable", la constancia de las guerras y el nacimiento y muerte de los imperios. Otros aspectos resultan más discutibles pero parecieran ser también constantes de la historia, como la regularidad de la "conversión", es decir, del pasaje de un sistema de valores a otro (cristianismo, comunismo, liberalismo, etcétera).

Las reglas temporarias tienen que ver con períodos "largos", como el que va del siglo XVI a la revolución francesa o el que se extiende de la Segunda Guerra Mundial al fin de la guerra fría. En este último caso el mundo estuvo marcado, por ejemplo, por un equilibrio de poder basado en la presencia de dos superpotencias, dato que constituyó un parámetro de referencia de todas las cancillerías. La existencia de una opinión pública mundial es otro rasgo característico de nuestra época y, como ésta, es posible establecer mediante el análisis histórico otras reglas o pautas generales que pueden conducirnos a una mejor toma de decisiones en los escenarios internacionales.

Duroselle concluye su libro con un mensaje esperanzado: los imperios, uno de los fenómenos que se producen regularmente en la historia humana, no son eternos; su creación y desaparición forma parte del conflicto permanente entre la eficacia y la dignidad humana, entre la fuerza o el autoritarismo y las distintas formas de libertad y democracia, entre los privilegios económicos y reglas más igualitarias de distribución social.¹⁵

15. En la primera versión de su libro, de 1981, el autor ya anticipaba el posible derrumbe del, a su juicio, último de los imperios: la Unión Soviética. Sin embargo, si su crítica de la URSS es vigorosa, su análisis se debilita cuando analiza las actitudes "imperiales" de otros países de Occidente. Partiendo de un enfoque diferente, el libro de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers* (Nueva York, 1987), comparte en sus grandes líneas el análisis de Duroselle sobre el carácter cíclico de los grandes poderes mundiales.

Se pueden discutir opiniones o conceptos, polemizar sobre el uso de ciertos ejemplos históricos, introducir una visión menos eurocentrista o recuperar aportes teóricos que el autor trata a la ligera o parece desconocer, pero es indudable que la lectura del libro de Duroselle nos deja una sensación imborrable: excluir a la historia de la teoría de las relaciones internacionales es como ignorar la realidad; no podemos comprender las relaciones con otros países o pueblos sin tener conciencia del pasado.¹⁶ Ese pasado que —como se demuestra a lo largo de este extenso, estimulante y a menudo polémico trabajo— nos une más firmemente al mundo y nos permite atravesar con mayor alivio el frágil puente del presente.

16. Como anexo III del libro figura un interesante artículo de Brunello Vigizzi, "Théoriciens' et 'historiens' des relations internationales, discussions et perspectives", pp. 330-346, que traza un sintético panorama de las diferencias entre teóricos e historiadores y resalta la importancia de la historia para los estudios teóricos. Ver también las comunicaciones sobre historia de las relaciones internacionales presentadas a los congresos organizados por la Comisión d'Histoire des Relations Internationales, en Stuttgart (1985) y Perugia (1989), especialmente los trabajos de R. Girault, "Propositions pour une histoire des relations internationales" y D. C. Watt, "The Study of International History: Language and Reality".